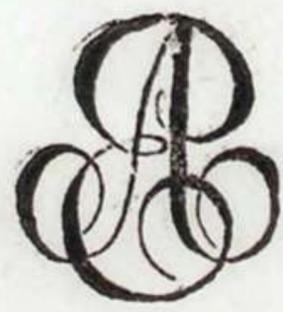


N. a<sup>2</sup>

**PASTORAL**  
**DEL**  
**OBISPO DE CADIZ**  
**A**  
**SUS DIOCESANOS.**



**CADIZ: AÑO DE 1826.**

---

EN LA IMPRENTA GADITANA DE D. ESTEBAN PICARDO,  
CALLE DE LA VERONICA.

2  
M  
PASTORAL

DEL

OBISPO DE CADIZ

A

SUS DIOCESANOS.



CADIZ: AÑO DE 1826.

---

EN LA IMPRENTA CADIZANA DE D. ESTEBAN PICARDO,  
CALLE DE LA VERONICA.

**N**OS DON Fr. DOMINGO DE SILOS  
Moreno, por la gracia de Dios y de la Santa  
Sede Apostólica, Obispo de Cádiz y Alge-  
ciras, del Consejo de S. M. &c.

*A todos nuestros amados Diocesanos salud en Nues-  
tro Señor Jesu-Cristo que es la verdadera salud.*

**G**rande y muy grande cargo es, amados hijos  
nuestros, la prelacia de la Iglesia; grandes y muy gran-  
des las obligaciones que le son inseparables; obligaciones  
de tanto bulto, que al considerarlas los Padres del Santo  
Concilio de Trento, no dudaron afirmar, que es una carga,  
un peso formídale aun á los hombros de los mismos  
Angeles. Regir, gobernar y apacentar el rebaño de Jesu-  
Cristo adquirido con su propia sangre; esponer la vida  
por cualquiera de sus ovejas cuando sea necesario para  
librarlas de la boca de los lobos; impedir con sus cla-  
mores, que aquellos se acerquen á la majada y redil en  
donde se congregan; reunir las dispersas cuando la tem-  
pestad y el nublado las ha descarriado, buscar las perdidas,  
curar las enfermas, fortificar las flacas, atar las quebra-  
das, llevar sobre sus hombros las que por sí no pueden  
seguir á las demas; conducir las, en fin, todas por los  
pastos saludables, apartándolas de los dañosos; tal debe  
ser por su oficio la ocupacion continua de un Pastor,  
de un Obispo, de un Prelado de la Iglesia si ha de ser

4.  
conforme al modelo y ejemplar, que el Príncipe de los Pastores, el Obispo de los Obispos, Jesu-Cristo Nuestro Redentor, nos dejó consignado en las Santas escrituras. ¡Qué prudencia, qué discrecion, qué sabiduría, qué fortaleza no son necesarias para cumplir con unos deberes, que cada uno de por sí es capaz de acobardar al mas virtuoso y vigilante Pastor!

Nos estremecemos, amados hijos nuestros, al vernos comprometidos en vuestra direccion, atendida nuestra insuficiencia y los tiempos graves en que plugo al Señor encomendarnos el gobierno de esta Diócesis. Temblamos con justo motivo, al considerar las críticas circunstancias en que nos vemos empeñados en el difícil cargo de dirigiros por las sendas de la paz y de la justicia. Ellas no se ocultan á cualquiera que no sea un insensato, ó cualquiera reflexionar sobre el estado de abatimiento en que llegó á verse en nuestra España el rebaño de Jesucristo, la Iglesia Santa de resultas de las dos grandes luchas en que tuvieron que batirse sus Pastores con lobos carniceros, con la ambicion y prepotencia de un extranjero afortunado, y la impiedad é irreligion de muchos de sus propios hijos; abatimiento y confusion de que aun se resiente, y cuyos efectos son bien conocidos á todos.

No es pues camino enteramente llano, abierto y sin tropiezo alguno por el que hemos comenzado á caminar en la carrera de nuestro ministerio Episcopal. Nos restan aun tropiezos y malezas que desmontar y malas fieras que auyentar para poder andar con seguridad; y esto

5

mismo nos obliga á afianzar nuestros pasos con mas firmeza para no caer y ser sorprendidos de las bestias dañosas. Esto mismo nos estimula á trabajar con tanto mas esfuerzo, quanto conocemos por esperiencia los peligros que nos rodean por todas partes, y los escollos que se ocultan en el borrascoso mar de las pasiones agitadas y no sosegadas aun despues de tan crueles borrascas. Fácil es á un piloto diestro y experimentado dirigir con seguridad la Nave al puerto cuando el mar está tranquilo y soplan vientos bonaucibles; pero es difícil y cuesta mucho trabajo conducirla salva y sin lesion contra viento y marea, cuando se levantan hasta el Cielo las olas; cuando el pielago hierve en su fondo escitando por dentro y fuera horribles torbellinos; en este lance es menester toda la habilidad y destreza para salvar la nave; el peligro mismo á que se ve espuesto el vagel y los mismos que le guian, les obliga á trabajar noche y dia sin descanso en el manejo de los remos, velas y timon para evitar el naufragio. Creo que estamos en el caso; por que aunque es cierto que las tempestades furiosas que ha sufrido este catolico Reyno de Espana y su Iglesia, cesaron por las misericordias de nuestro Dios, despertado al eco de aquella lastimera voz con que clamaron á él en tiempo oportuno los verdaderos fieles, *salva nos perimus*; no lo es menos, que aun no está enteramente sosegado el mar; aun son objeto del zelo infatigable de nuestro piadoso y católico Monarca y de la vigilancia pastoral de los Obispos las terribles consecuencias del huracan furioso de la revolu-

cion pasada, que causó desastres casi irreparables en lo espiritual y temporal de este Reyno.

La orgullosa y falsa filosofía consiguiente en sus principios, se cegó hasta el extremo de no ver y conocer los que el Autor de la Naturaleza imprimió en nuestras almas: despreció atrevida aquella luz divina con que el Padre de las luces ilumina á todo hombre que viene á este mundo y de aquí pasó adelante, no haciendo caso de la gloria de Dios que publican los Cielos, y las grandes lumbreras del Firmamento, y cuya sabiduría es anunciada por el dia al dia y por la noche á la noche. Ya el Apóstol de las gentes nos hizo ver el carácter de ese monstruo, que malamente se llama filosofía y el de los que se precian por desgracia ser sus secuaces. “Desde lo alto del Cielo, nos  
 „dice, se manifiesta la ira de Dios contra la impiedad é  
 „injusticia de aquellos hombres que retienen la verdad de  
 „Dios en injusticia, porque les ha sido manifestado lo  
 „que puede ser conocido de la Divinidad, siendo Dios  
 „mismo el que se lo ha hecho conocer. Por que despues  
 „de la creacion del mundo, los atributos invisibles de  
 „Dios, su poder eterno, su providencia han llegado á  
 „hacerse sensibles por sus obras, de suerte que se deben  
 „juzgar inescusables todos los que habiendo conocido á  
 „Dios, no le han dado el culto ni accion de gracias, sino  
 „que se desvanecieron en sus pensamientos y se obscu-  
 „reció su corazon insensato, porque teniéndose por sabios  
 „se hicieron insensatos, y transformaron la magestad de  
 „un Dios incorruptible en estatuas é imágenes de hom-

„bres mortales y viles animales. Por esto Dios los entregó  
 „á los deseos de su corazon , á las pasiones impuras por  
 „las cuales deshonraron sus cuerpos.... ellos han sido lle-  
 „nos de malignidad, de envidia.... pendencieros, embus-  
 „teros.... sobervios, altaneros.... sin prudencia, sin modes-  
 „tia, sin afeccion, sin fé, sin misericordia.”

Los sucesores de estos, hijos de tales padres ¿qué mucho que al nacer el Cristianismo se armasen de consuno contra el Señor y contra su Cristo? ¿Que mucho prefiriesen los errores y corrupcion del paganismo á la luz y santidad del Evangelio? ¿Que mucho que sus ojos obscurecidos con las tinieblas de la infidelidad fuesen heridos con los brillantes rayos del resplandor, que empezaba á esparcirse sobre el Universo todo con la doctrina nueva del Crucificado, anunciada y publicada por los que eran reputados ignorantes? Asi es que la mentira empezó á alarmarse contra la verdad, el vicio contra la virtud, el odio contra la caridad, la avaricia y ambicion contra el desasimiento y desprecio de las cosas temporales, el abandono y corrupcion de costumbres contra la sana moral. Ni podia ser otra cosa. Porque ¿que conexion tiene la justicia con la injusticia, la verdadera religion con la falsa, la luminosa antorcha de la fé con las tinieblas palpables de la ignorante filosofía, Jesu-Cristo con Belial, un cristiano sumiso al yugo suave del Evangelio con un hombre impío, idolatra y sin ley? Por esta razon desde entónces se manifestó abiertamente y sin rebozo el proyecto y plan del astuto padre de los impíos y de

la mentira, homicida desde el principio para acabar con la pequeña grey de Jesu-Cristo. Hombrespreciados de sabios, y ciertamente mas culpables que los que habian nacido en las tinieblas y en la idolatria: hombres inescusables por haber tenido la dicha de poder á poca costa llegar al conocimiento de la verdad, que evidenciaba la multitud de pruebas con que se anunció en los primeros siglos de la Iglesia cristiana, se encargaron de su ejecucion; vomitando torrentes de blasfemias contra su divino Autor. Unas veces le representaron como un embustero: otras como visionario fanático, despues de haber confesado y ponderado á su pesar sus virtudes, su sabiduría, sus beneficios. Persecuciones terribles contra sus discípulos por el espacio de muchos siglos; calumnias inventadas contra su inocente y ejemplar conducta; argumentos capciosos, falacias ingeniosas contra las verdades de su creencia; ataques vigorosos contra su pura y divina moral, invectivas, burlas atroces contra sus Sacerdotes, sus bienes, sus honores, sus privilegios; odio implacable hasta el exceso de clamar que era forzoso exterminarlos y limpiar la sociedad de semejante estorbo; Tales han sido las armas de que se han valido en todos tiempos los pretendidos sabios para echar por tierra el edificio fundado por el hombre Dios; bien penetrados que si lograban herir y dispersar los Pastores, al momento se descarriaba el rebaño, y muertos los perros entrarian á su salvo los lobos en el aprisco para herir, matar y deborar las ovejas.

Pero el que prende á los astutos en su astucia (dice el Crisostomo) ha permitido estos y otros esfuerzos de la impiedad para dar á entender á los cristianos, que él es el que gobierna á los que creen y esperan en él; que su Reyno sin ser de este mundo, y aun así, acometido mil y mil veces, y en todas las edades por las tropas que aborta el Infierno, tiene su origen y raices en los cielos, desde donde vela sin cesar en su conservacion y aumento. Bien á las claras lo hemos experimentado particularmente nosotros los Españoles, á quienes, si aquel Dios justo ha querido probar en el horno de la tribulacion, permitiendo en estos últimos tiempos las mas crueles persecuciones contra esta parte principal de su rebaño, conuinadas por sociedades tenebrosas de impíos é incrédulos, y ejecutadas por satélites diestros y experimentados en el arte de la seduccion y del engaño, socolor de reformar abusos y de ilustrar á la Nacion, se ha dignado al mismo tiempo mirar con ojos de misericordia visitandonos el verdadero Oriente desde lo alto, cuando menos lo esperabamos.

Quisieramos echar un espeso velo, que cubriese para siempre el cuadro horroroso que presenta el estado de este Reyno Católico en los aciagos años de revolucion, de confusion y de desorden; pero es preciso que no nos olvidemos de sus funestos efectos; lo uno, para precavernos en lo sucesivo de los que intenten repetir la escena de tantas desgracias, que son aun el objeto de nuestras lágrimas, y deben serlo también de nuestro celo y vigilancia;

y lo otro para que procuremos todos, cada cual en su estado, remediar la multitud de desordenes que han causado en lo político y en lo moral, en lo temporal y espiritual, el trastorno y desprecio de las leyes divinas y humanas en la misma época. No es propio de nuestro ministerio pastoral mezclarnos en los negocios, que solamente se dirigen á la felicidad temporal del estado; menos el acudir directamente al remedio de los muchos males temporales que por desgracia aquejan aun á esta Nacion saqueada, robada toda, desolada y vendida por sus desnaturalizados hijos, efecto necesario de los principios revolucionarios adoptados por los que se intrusaron á viva fuerza en su gobierno. El legítimo de Nuestro Católico Monarca se desvela por dictar providencias enérgicas y eficaces para que convalezca, cuanto antes de sus gravísimas dolencias, este cuerpo lánguido y debilitado por tantos ataques como ha sufrido en poco tiempo.

El Rey no descansa porque vuelva á su antiguo esplendor esta porción deseable que recibió en herencia de la mano de su Dios, y fué en otros tiempos codiciada de todas las Naciones; en aquellos tiempos en los que sin las luces, ó por mejor decir, tinieblas, de los que en nuestros dias han intentado regenerarnos á su modo, prosperó y llegó al mas alto grado de opulencia. A nosotros, hijos míos, incumbe especialmente por nuestro oficio el esterminio de otros males incomparablemente mayores de cuantos hemos experimentado en la pérdida de nuestros bienes, de nuestras fortunas, de nuestra salud, de

ñuestro sosiego, de nuestra quietud, de ñuestra verdadera libertad: males tanto mas sensibles quanto nos han herido en las niñas de nuestros ojos, en el mayor bien que pudo prodigarnos el Cielo, en la Religion Santa de Jesu-Crístico, vilipendiada y ultrajada en su fé, en sus dogmas, en sus Sacramentos, en su pura y divina moral, en sus canones, en su disciplina, en sus Pastores, en sus Ministros, en su todo; pues nada ha quedado en que no haya metido su cortante hoz la mano sacrílega y profana de la incredulidad. No decimos por esto que haya faltado la lampara de la fé en nuestra España: desde que aquella se encendió por el hijo del trueno difundiéndose su luz por todos sus ángulos á costa de los trabajos, fatigas, sudores y martirio de los discípulos de aquel confidente del Salvador, jamas nos castigó el Señor con tanto rigor como lo ha hecho con otras Naciones, á quienes por sus altos juicios dejó sumergidas en las tinieblas y sombras de la muerte. Siempre permaneció ardiendo sobre el candelero aquella candela divina. Ni las crueles persecuciones de los Emperadores Romanos, mientras dominaron nuestro suelo, ni las que escitaron despues contra los católicos, los Visigodos que con su imperio nos introdujeron la heregía de Ario; ni la irrupcion de los Sarracenos secuaces de Mahoma y de su inmoral conducta, ni la permanencia de estos por tantos siglos en nuestro Pais, ni otros mil y mil enemigos del hijo de Dios y de María, ni el infierno todo reunido en estos últimos tiempos, han podido apagar con su sople

fetido aquella brillante antorcha.

Mas es preciso confesarlo de buena fé. Aunque no han podido, á pesar de todos sus esfuerzos, los pretendidos reformadores de nuestro ilustrado siglo, hacer desaparecer de esta parte del globo la verdadera Religion de nuestros Padres, arraigada desde su cuna en el corazon de sus hijos, han logrado debilitar su influjo, y aun desterrarla en muchos de ellos, que incautos se han dejado alucinar de los sofismas con que aquellos la han combatido. En general la mayor y mas sana parte de la Nacion, por un especial favor del Cielo, se ha sostenido á pie firme sobre el fundamento de los Apóstoles y profetas, unida intimamente á su piedra angular Cristo Jesus. Ha conservado pura y sin mancha la doctrina y verdades que enseñó el Enviado del Padre; pero ha visto tambien, y ve aun con dolor á no pocos de sus hermanos desviados de aquel que es el camino, la verdad y la vida. Esto mismo se ha experimentado con relacion á las costumbres. Si apesar del poderoso influjo de las pasiones, que tanto nos impelen al mal, si apesar de los pésimos ejemplos de inmoralidad que por si arrastran al que no esté afianzado y muy afianzado en la virtud, y que han sido tan frecuentes en los últimos años, se han visto y se ven aun cristianos en gran número, fieles observadores de la ley immaculada del Señor en todas las clases del estado; Si la mano de Dios no se ha abreviado, para conservar todavia personas timoratas que arreglan su conducta al nivel de los preceptos divinos y consejos evangélicos;

tambien es evidente que el fermento, de la malicia é iniquidad ha corrompido una gran porcion de la masa del pueblo incauto y alucinado por el atractivo de la novedad. El aire impregnado de miasmas pútridos, que ha exalado esa multitud de libros, folletos y papeles obscenos, impios y subersivos de todo orden, esparcidos con profusion por todas partes, ha inficionado la atmósfera pura y sana de nuestro emisferio, comunicando el contagio de la inmoralidad é irreligion á cuantos no se han precabido con los antidotos, que el médico sapientísimo de nuestras almas nos tiene recetados para semejantes casos en sus santas escrituras. Prodigio es, y muy grande, de la diestra de Dios que esa gran dosis de tósigo propinado en copas de oro, en ese asombroso número de escritos adornados con todo el atavio de chistes, cuentos y sarcasmos para ridiculizar lo mas santo de nuestra Religion, y de su sana moral, no haya acabado con uno y con otro. En ellos nos venden las tinieblas por luz, el acibar por miel, el vicio por virtud, la mentira por verdad: en ellos se intenta reducir á nada el Primado de jurisdiccion, que tiene en toda la Iglesia, por disposicion de su divino autor, el sucesor de S. Pedro, el romano Pontífice; cabeza visible de ella, padre, pastor y doctor de todos los cristianos, sin exceptuar ninguno: Primado que incluye en sí una plena potestad de apacentarlos, regirlos y gobernarlos segun lo ha definido la misma Iglesia congregada en el Espíritu Santo en los Concilios generales, aunque no sea esta definicion del gusto de los

demócratas, que todo, aun lo mas santo, lo quieren republicano; y consiguientes en sus principios, hacen otros tantos Papas cuantos son los Obispos; otros tantos Obispos cuantos son los Párrocos, para que todos sean nada en sustancia, y la Iglesia un cuerpo sin cabeza, en donde reine el desorden y confusion que dé con ella en tierra, si fuera posible su destrucción: en ellos se canoniza la autoridad de los Reyes, á quienes por ordenacion divina debemos obedecer, como una tiranía, y la obediencia y sumision de parte de los súbditos, por un efecto del despotismo. El pudor, la honestidad y el recato son mirados como una mera costumbre y servil educacion; la fidelidad del talamo nupcial, y la perpetuidad del sagrado vínculo del matrimonio, como opuestas á lo que dicta la naturaleza; los deberes que ella impone á los Padres para con sus hijos, y la reverencia y amor filial de estos para con aquellos, como una cosa indiferente: el celibato: pero no nos cansemos; ellos nos proponen un Evangelio nuevo y enteramente contrario al que predicaron los discípulos del Crucificado, y otro fundamento muy diverso de aquel sobre el que el mismo Señor fundó su Reyno. De la publicacion de ese Evangelio en las Provincias, Ciudades, Villas y Aldeas por los enviados de Satanás su autor, se siguió la division y desunion entre ellas y entre sus moradores; el odio y rencor que aun subsisten en muchos de estos; la separacion del padre del hijo, del esposo de la esposa, de la nuera del suegro, del hermano de la hermana, del amigo del amigo, del Eclesiástico del

Eclesiástico, y la discordia de que todavía se resienten varias familias, á pesar de los vínculos sagrados de la naturaleza y Religion que las unia: el atentado horrible de arrancar la corona de las sienes de nuestro amado Rey, haciendo pedazos al mismo tiempo su cetro, nula su dignidad real, objeto de burla y escarnio su sagrada Persona, y llenando de tristeza y de dolor á su augusta y virtuosa Esposa con toda la real familia: las calumnias é invectivas contra la Madre y Maestra de todas las Iglesias del mundo, la de Roma, y su Obispo el Príncipe de los Obispos, Sacerdote grande, Sumo Pontífice, Pastor no solamente de las ovejas, sino de los Pastores; no con otro fin que el de disminuir en el corazón de los católicos el respeto, piedad y veneracion con que siempre lo han acatado: el destierro de su celoso é infatigable Nuncio en estos Reynos, solamente por haber reclamado con apostólica fortaleza contra la novedad é infraccion de los derechos de la Iglesia: la espulsion de sus Sillas, por los mismos motivos, de diferentes Sres. Arzobispos y Obispos virtuosos y ejemplares: El cisma que en algunas de ellas se suscitó por la ausencia de sus pastores, separandose obstinadamente muchos fieles de su obediencia, y rompiendo el lazo que como miembros los unia con su cabeza: la estincion casi total de los diezmos y primicias, patrimonio de Jesu-Cristo, de sus Ministros y de sus pobres: el esterminio de todas las órdenes monacales, y el robo sacrílego de sus propiedades: el asesinato formal de un Obispo, é indirectamente el de

otros, y muerte afrentosa de centenares de Sacerdotes, y personas de todas clases: el hurto y el saqueo canonizados de justas represalias: la impunidad de los mas atroces delitos: el divorcio voluntario de multitud de Esposos separados de sus Esposas por su propia autoridad, la libertad de calumniar al proximo, mancillando su honor con la crítica universal de todas sus acciones: todo este cúmulo de desórdenes y atrevidos atentados, han sido el fruto amargo de las doctrinas que contiene esa Biblioteca, parto monstruoso del Abismo.

Hemos declamado, hemos escrito, hemos tomado todas las providencias que nos ha sugerido nuestro celo pastoral, para limpiar esta parte del campo que el gran Padre de familias nos ha encargado cultivar, de esa maldita semilla tan perjudicial, y por desgracia tan fecunda, que produce ciento por uno. No han correspondido tan cumplidamente, como quisieramos, los efectos á nuestros deseos. Circulan aun clandestinamente, y al abrigo de las tinieblas, esas producciones de hombres corrompidos, que á la par que atacan los indestructibles fundamentos de nuestra Santa Religion, y cuanto ella nos enseña y prescribe, indican con un lenguaje alagueño y seductor los medios de poner en movimiento todas las pasiones, y aun ¡que horror! presentan las pinturas mas obscenas para que á su vista se ensaye el apetito brutal, y aprenda á revolcarse en los inmundos cenagales de la lascivia. De esos charcos impuros bebieron y beben cuantos, olvidados de la dignidad de racionales á que los elevó su

Hacedor; vivieron y viven como el caballo y el mulo, que carecen de entendimiento, y han hecho y hacen alarde de parecerse á las bestias á quienes imitaron, é imitan en sus acciones, persuadidos que como aquellas, nada tienen que esperar, ni que temer despues de esta vida.

¡Miserable condicion del hombre, que cuando estaba colmado de honor, en vez de darse por entendido, se ha comparado á los jumentos insensatos, haciéndose semejante á ellos! A este extremo conduce el sacudimiento del yugo suave, y carga ligera que nos impuso nuestro amable Redentor, y el desprecio de la autoridad de los que en su nombre prohiben á los fieles el pasto dañoso de que se alimentan, leyendo libros que justamente les tienen vedados. Tales son tambien los resultados de los malos ejemplos, y del descuido de no huir precipitadamente de cuantos ponen todo su conato en hacer prosélitos de sus nuevas falsas doctrinas, é imitadores de su depravada conducta. No importa que griten, que se atrevan á decir á los hombres, como aquellos á quienes ya S. Agustin rebatió con su docta pluma, *abrazad nuestra secta, seguidnos si quereis vivir dichosamente*: pues que un triste resultado nos ha hecho conocer, que son falsos profetas, lobos rapaces vestidos con pieles de ovejas, no entran por la puerta en el redil; saltan por las tapias no para conservar y salvar el rebaño, sino para destruirlo, descarriarlo y devorarlo. La buena ó mala calidad de los árboles se conoce, segun el oráculo de Jesu-Cristo, por sus frutos, y los amargos que ha producido el

no precaverse de los que sin misión legítima han tenido el prurito, y la osadia de gobernarlo todo, y reformarlo todo, prueban bien á las claras la perversidad de sus intenciones.

Vosotros, amados hijos nuestros; y especialmente los que habitáis esta populosa Ciudad, emporio en otro tiempo de los mas ilustres del mundo, á donde de todas las naciones que estan debajo del Cielo concurrían, atraídas de la seguridad que ofrece su hermoso y anchuroso puerto, á cargar y descargar sus mercancías, y guarecer sus bajeles de las inchadas y encrespadas olas del Oceano, que se estrellan en sus muros: vosotros que algun dia ejercisteis la hospitalidad cristiana, con la mayor franqueza y generosidad en favor de un gran número de personas de todas gerarquias, que con su gobierno se acogieron á esta Ciudad de refugio, casi único asilo que deparó la providencia para conservar la libertad de la nacion; que abristeis de par en par las puertas de vuestras casas para hospedar en ellas, y partir vuestro pan con tantos hermanos nuestros, como vinieron huyendo de la espada y furor de un intrépido guerrero: vosotros, dignos de todo elogio por unos hechos que merecieron del bondadoso corazon de nuestro Monarca, ser graduados de heroismo, trasmitiendo á las generaciones venideras su memoria en el título de muy heróica, que se dignó añadir á los que ya tenia esta ciudad por sus importantes servicios: vosotros sabeis que no mentimos ni ecsageramos en la descripción de los incalculables daños causados á la religion

y al estado por el fuego devorador, que arrojó de sí el volcan de la revolucion, escitalo por los movimientos sordos de los enemigos del Altar y del Trono, y que por desgracia reventó en vuestro suelo, estendiendo su lava pestífera por todas partes. Y si es verdad cuanto decimos, ¿podremos lisongearnos de que haya sido menos general y sensible el estrago, cuanto mas de cerca encontró materias inflamables, aquel monton de chispas exaladas á vuestra misma vista, y casi en medio de vosotros? Bien quisieramos, amados hijos nuestros, que hubiera sucedido así, contra toda esperanza y el comun y regular modo de obrar de las causas físicas y morales; pero los hechos atestiguan lo contrario, y la esperiencia nos ha convencido, de que esta Ciudad y demas pueblos de nuestra Diócesis, han padecido mucho en lo espiritual y temporal, en proporcion al mas continuo trato y comunicacion que por su localidad y circunstancias, han tenido con los autores y promovedores de la revelion y del desórden. El ejemplo arrastra, y el hombre con facilidad se deja llevar ácia los objetos que mas inmediatamente le rodean, con particularidad cuando alagan sus pasiones, y le facilitan medios de poner en ejecucion lo que aquellas le sugieren.

¿Quien, sino el mal ejemplo y costumbres de los incircuncisos, corrompió las del pueblo de Dios, especialmente cuando era gobernado por los jueces? Por haberse mezclado con los idólatras aprendió sus abominaciones, adoró sus ídolos, derramó la sangre inocente de sus hijos é hijas, para ofrecerlas á los mismos demonios,

á los ídolos de Canaan; y por estos execrándos escesos se encendió la cólera del Señor contra él, abominó al que habia escogido por herencia, y lo entregó en manos de sus enemigos para que fuese dominado de los que le aborrecian. ¿Y no son estos mismos desórdenes, ó muy parecidos á ellos, los que lloramos en la amargura de nuestra alma en muchos de los fieles de nuestra Diócesis, como consecuencia de los escándalos, abominaciones y perversos ensayos de corrupcion é impiedad, de que á su misma presencia han hecho alarde los que, como gentiles, han renovado sus prevaricaciones? Es verdad que no se adoraron materialmente los ídolos; ¿pero quien no ha visto, que se tributaron á una piedra casi los mismos honores que á aquellos? Quien no vió llegar la locura y desatino revolucionario al extremo de convocar sus satélites, como otro Nabuco, á toda clase de personas aun las mas sagradas, para que rindiesen homenaje á aquel signo profano de la libertad? No se ha derramado sobre los altares, ni sacrificado sobre ellos la inocente sangre de los hijos y de las hijas; pero se han sacrificado, y continúan sacrificando á la impudica Venus, el pudor y la honestidad de innumerables jóvenes de uno y otro sexo, que corrompidos en su corazon por el abandono de sus padres desnaturalizados, y peores, en sentir de S. Pablo, que los mismos infieles, publican como Sodoma su pecado, y son alabados y bendecidos en los deseos de su alma. El descaro ha llegado á tal punto, que los deslices de la fragilidad humana, que en otros tiempos se procuraban

ocultar en las tinieblas, para poner á cubierto la fama de los miserables que habian tenido la debilidad de incurrir en ellos, se reputan hoy dia por unos desahogos propios de la juventud, y apenas dignos de censura. No se adoran los ídolos, pero se practican las obras, y se ejecutan las acciones mas criminales con que se les honraba por sus adoradores. La impureza y la avaricia, dones los mas agradables á aquellas infames deidades del pagauismo, inundan la tierra: de la primera son efecto los adulterios, los incestos, los pecados nefandos, las palabras obscenas, los amancebamientos casi públicamente tolerados, el escandaloso ultrage y vilipendio con que es tratado el Sacramento grande en Cristo y en la Iglesia, por ese número considerable de hombres y mugeres que unidos con tan sagrado vínculo, viven en un divorcio tan perjudicial al estado, como injurioso á ellos mismos, y origen de infinitos males: de la avaricia nacen el robo, la usura, el dolo, la estafa, el destierro de la buena fé en los contratos, el arte de engañarse unos á otros; el contrabando, semillero de ladrones, asesinos y malhechores; y el hambre insaciable del oro, de ese ídolo tan predilecto del corazon humano, á quien se sacrifica el sosiego, la salud, la vida y la misma alma, sin reparar en medio alguno por ilícito é inicuo que sea para su adquisicion. Esa ansia de amontonar, sin saber para quien, como dice el Espiritu Santo; esa ansia, es tambien la que sostiene el juego destructor de las fortunas mas bien adquiridas, y de las casas mas sólidamente cimentadas. Hablamos del juego prohibido

por la razon, por la justicia y por las leyes, juego en que dia y noche se ocupan, no pocos ociosos é inmorales, con perjuicio notalle de la sociedad, y de sus intereses propios, espuestos al capricho de la suerte. Ocupacion pésima, ocupacion criminal, origen de grandes pecados, de grandes injusticias, y causa de los mayores disturbios en las familias.

Estas se recienten asimismo de otro vicio que es no ménos general, y por desgracia reputado como una cosa indiferente, cuando no haya quien lo gradue de virtud. Entendemos del lujo en el comer, en el vestir y en los muebles; otro ídolo mas, á quien sirven cuantos olvidados de la moderacion, sencillez y humildad que enseña el Evangelio, y que en el Bautismo ofrecieron observar, renunciando á las pompas, obras y vanidades del mundo, *pasan sus dias*, como dice Job, *en bienes*, esto es en placeres y pasatiempos, en convites y desórdenes consiguientes á la embriaguez; se visten de púrpura y lino finísimo, y tienen mesas espléndidas como el rico avariento; pero al menor pensar, pasan en un punto de las delicias á los tormentos. Aunque debemos vivir contentos, segun la doctrina del Apóstol, teniendo con que alimentarnos y cubrirnos; no bastan, para servir al vientre, á quien tienen por su Dios, segun el mismo Apóstol, las muchas, esquisitas y varias producciones de nuestro afortunado suelo, codiciadas con razon y envidiadas de los extranjeros: para obsequiar con esmero á ese su Dios, que al fin ha de venir á parar en ser pábulo de gusanos, se men-

digán los manjares y bebidas de países lejanos, y se ponen en movimiento todos los recursos del arte para lisongear sus criminales apetitos. ¿Si consistiera la felicidad del hombre en comer y en beber esplendidamente, pudieran ponerse en ejecución medios mas directos y eficaces para conseguirla? Pues no esperen otra los discípulos de Epicuro: acuerdense de la respuesta de Abraham á aquel desgraciado que le pedia enviase á Lázaro para que le templase y refrigerase la rabiosa sed que padecía: *hijo recibiste bienes en tu vida*. Tengan presente aquel terrible *Ai del Salvador: ¡Ai de vosotros los ricos por que teneis vuestro consuelo en este mundo! ¡Ai de vosotros los que estais hartos, por que tendreis hambre!* Que es como darnos á entender, que es incompatible con el cristianismo, el inmoderado y excesivo uso de la comida y bebida; el cual debe arreglarse al nivel de la razon, y no al desórden de la gula.

Tan repugnante ó mas es todavia á la religion Santa que profesamos, el lujo escandaloso en el vestír, especialmente en las Sras, Mugerres, que tan rápidamente se ha propagado en estos últimos tiempos á la par del desarreglo y ralajacion de costumbres. Nos confundimos al considerar que se intenta agradar, ó al menos, que se piensa no ofender con tantos trajes ridículos, profanos, indecentes y costosísimos como cada dia se inventan, al dechado de todas las virtudes, nuestro amable Redentor, tan pobre, que al nacer se vió en la dura necesidad de ser recostado en un pesebre, y al morir desnudo, escoger

una Cruz por lecho sin tener donde reclinar su cabeza. Que antes de haber visto el mundo estos y otros asombrosos ejemplos de moderacion, pobreza y humildad, siguiese el camino trillado de la vanidad, pudiera disimularse, aunque jamas debiera aprobarse, pero no hay disculpa alguna para continuar obrando en contradiccion de lo que el Maestro divino enseñó con su doctrina, y practicó con sus obras. Poco conformes á la decencia, y menos al decoro y recato, son semejantes atavios, que ya el Señor echó en cara á las hijas de Sion en tiempo del Profeta Isaías, anunciando por su boca los terribles castigos que las amenazaban por su altivez y su lujo, y que al fin se verificaron en la desolacion de Judá y de Jerusalem. "Por quanto se alzaron las hijas de Sion, dijo el Señor, „y anduvieron estiradas de cuello, é iban guiñando con los „ojos, y caminaban haciendo ruido con los pies, y andaban con pasos acompasados, raerá el Señor la cabeza „de las hijas de Sion, y desnudará el cabello de ellas. En „aquel dia quitará el Señor el atavio de los calzados, y „las lunetas, y los collares, y los joyeles, y los brazaletes, y los bonetillos, y los partidores del pelo, y el atavio de las piernas, y las gargantillas, y los pomitos de olor, „y los zarcillos, y los anillos, y las piedras preciosas que „cuelgan de la frente, y las ropas de remuda, y las mantelitas, y las gasas, y las agujas, y los espejos, y los lienzos delicados, las cintas y los vestidos de verano. Y por „el suave olor habrá ediondez, y por cinto, cuerda, y por „cabello encrespado calvez, y por faja del pecho, cilicio."

¿Podia el Sr. declararnos en términos mas precisos y sublimes su adorable voluntad, y el odio con que mira desde lo alto, ese vicio capital de las que ponen toda su gloria en engalanarse y componerse? ¿Podia explicar con mas energía y elocuencia su ira y enojo contra esa passion, hija legítima de la soberbia y del desco criminal de agradar á los hombres y al mundo? No queremos deternos en hacer cotejo, entre los adornos y maneras con que se presentaban las que en aquel tiempo habitaban la capital de los judios, que el Señor castigó con tanto rigor, y los que usan las del nuestro, por que apenas se halla diferencia alguna; solo si decimos, que estas son tanto mas inescusables, quanto han hecho una solemne profesion de abstenerse de tales escesos; que estos llegan á tal grado de insolencia, cual no podia esperarse, presentándose en los templos muchas de ellas tan erguidas y descompuestas, como si la casa de Dios fuera teatro de disolucion, y morada de rufianes y de cómicos: escesos que algun dia han de tener las mismas resultas, y aun mucho mas lamentables que tuvieron los de las hijas de Jerusalem.

Y si tan justamente incurren en la indignacion del Señor, las que por un efecto de la flaqueza y debilidad propias de su sexo abusan de sus dones, y los convierten en lazos para enredar en ellos á los hombres, y grangearse su estimacion; que no deberán temer estos, cuando olvidados del alto rango y caracter que los distingue de las mugeres, las imitan en sus ademanes, en

sus vagatelas y melindres? Nos avergonzamos, al vernos obligados á declamar contra un gran número de afeminados, que se degradan hasta el exceso de asemejarse á un muñeco venido de Paris ó de otra parte, ante quien acicalan sus rostros, rizan sus cabellos, los suavizan con pomadas, y arreglan sus vestidos á la última moda que les representa aquel despreciable figurin, por extravagante y ridícula que sea. Estaba reservado para estos infelices tiempos, el trastorno del orden establecido por el autor del órden mismo. Un hombre ocupado en ataviarse al tocador, como si fuera una dama la mas melindrosa, no merece llamarse hombre; es un ente espureo, degenera de su naturaleza; y sus ideas, pensamientos, deseos, palabras y acciones, concuerdan exactamente con el estado de abatimiento á que lo han reducido su vanidad y su locura. Lejos ya de él la sensatez, la cordura, la gravedad, el juicio recto que caracterizan al que por disposicion divina está destinado á ser cabeza y gefe de familia: inutil para todo, menos para fomentar sus pasiones y sus vicios, es una pohilla del estado, y una sentina de inmundicia. La experiencia nos enseña, que es lo que puede esperarse de semejantes hombres; y ella misma nos hace ver, que el lujo es el que los arrebatá á tales excesos. Bastaba esto solo para ratraher á los cristianos de esa peste que tanto cunde, y desgraciadamente se estiende por todas partes: Pero añadiremos, que ella hace aun mayores estragos que la que se mira, y con razon, como uno de los mas crue-

les azotes de la humanidad: por que, sin recurrir á la historia de lo pasado que nos convence, de que la ruina de los imperios mas célebres de Asirios, Persas y Romanos, ha sido efecto necesario del lujo debastador, vemos con nuestros propios ojos, y palpamos con nuestras manos, el cúmulo de desastres que ocasiona entre nosotros la inconcebible mania de sostenerlo, y sostenerlo á duras penas, y á costa de hacer venir de los reynos mas remotos y estraños lo que tenemos en el nuestro, que basta y sobra para cubrir todas nuestras necesidades; resultando de ahí que vayan á desaguar en terrenos forasteros arroyos de oro y plata, para jamas volver á correr por nuestro suelo, y que estancados en él, podían fecundarle sin peligro de que se desecasen los manantales de que se forman, lo cual sucederá indefectiblemente, si no nos empeñamos, como podemos y debemos, en poner diques que impidan su salida.

Ademas está comprobado, y diariamente se experimenta, que por mantener el lujo, se turba la paz entre los casados, se introduce la discordia en las familias, se imposibilitan, aun las mas acomodadas, de pagar religiosamente á sus criados. El lujo impele forzosamente á cometer bajezas indignas de un hombre de bien; obliga á contraer empréstitos usurarios; inventa los medios mas infames para satisfacer sus antojos; expone la honestidad á la prostitucion; retrahe á muchos del lazo santo del matrimonio, y multiplica el celibato voluptuoso y libertino con dispendio de la poblacion; en fin el lujo es

causa, de que muchos caudales, suficientes para mantener con decoro las obligaciones de una distinguida y honrada familia, no sufraguen al cumplimiento de las ficticias que el impone, y de consiguiente, que nunca haya sobrante alguno para el socorro de los pobres, imposibilitandose así de cumplir la importante leccion del Apóstol S. Pablo, de que se supla con la abundancia de unos la falta y pobreza de otros, para que en todos se verifique lo que está escrito del maná, á saber, que el que recogia mucho, no tenia por eso mas que el que recogia poco. Forzoso es hacerse insensibles á los clamores de la naturaleza, para no economizar y coartar las facultades á ese ladron doméstico, que roba lo que podria servir para vestir tantos desnudos, dar pan á tantos hambrientos, y enjugar las lágrimas de tantos infelices que en las plazas, en las calles, en las puertas de los templos, en los caminos y en todos sitios, imploran la misericordia de sus semejantes, y el derecho, que el ser hijos de un mismo padre celestial y hermanos de Jesucristo, les da á ser socorridos de los que se precian de ser sus discipulos. Imposible parece mirar con ojos enjutos la miserable situacion de innumerables viudas, huérfanos y otras muchas personas de honor, que escondidas en guardillas y habitaciones indecentes, gimen en la indigencia, esperando que alguna piadosa mano les alargue lo preciso para no morirse de hambre. Es necesario ser mas duros que aquel inhumano avariento, que negaba las migajas de su abundante mesa.

al pobre Lázaro, que yacia á su puerta, lleno de llagas, para no compadecerse de la miseria y decadencia en que se hallan los hospitales, casas de beneficencia, y otros establecimientos piadosos, monumentos eternos de la ilustrada piedad de nuestros antepasados; pero que las decantadas luces del dia han reducido á la estrechez é imposibilidad de admitir enfermos, y aun de suministrar á estos con decencia, lo que exige su doliente situacion. Sobre todo clama al cielo la inocencia oprimida, esa multitud de párvulos, victimas de la inhumanidad y vicios de los hombres, que piden pan y no hay quien se lo parta, porque faltan ya recursos para suministrar la leche á los parvulitos, que abandonados de los mismos que les dieron el ser, pagan las culpas que estos cometieron, y perecen de sed, pegada su lengüecita al paladar, como aquellos de que habla Jeremias en sus lamentaciones. ¡Ojalá que este triste cuadro de las miserias que tenemos á la vista, conmueva el corazon de los que con solo desterrar de sus casas el gusano roedor del lujo, pueden sin menoscabo de sus fortunas, remediar tantos necesitados, y hacer con sus limosnas y misericordias, amigos que algun dia los reciban en los eternos tabernáculos! Asi cumplirán no solamente con el precepto de Jesu-Cristo, que nos manda dar para que se nos de, sino con la ley de la gratitud y reconocimiento á quien los colmó de esos mismos bienes, no para abusar de ellos, sino para proveer á sus necesidades propias, y socorrer las ajenas.

El uso, la moda, la costumbre, la mal entéñdida razon de estado, no pueden prescribir jamas contra el Evangelio: esos son pretextos frívolos, excusas infundadas del amor propio para cohonestar las superfluidades, que lo consumen todo, acaban con todo, y nada dejan para repartir entre esa multitud de menesterosos, cuyo número escede sin comparacion á los que tienen lo preciso con que subsistir; siendo esta una de las felicidades que ha conseguido Cádiz y las poblaciones que penden de ella, con la permanencia de los reformadores en su recinto, y con los nuevos y alagueños sistemas de la farsa regeneradora; llegando á verificarse en gran parte lo que S. Agustín dijo de los judios del tiempo de Jesu-Cristo, que por temor de perder los bienes temporales, y descuidar los eternos, perdieron unos y otros.

Estamos bien persuadidos de que por la gracia de Jesu-Cristo, se adora á Dios en espíritu y en verdad, y que subsisten en su fé y religion santa nuestros amados Diocesanos, pero tambien debemos lamentarnos, de que á la sombra del catolicismo tan arraigado en esta Capital y en toda la Diócesis, se cobijan no pocos sectarios de la impiedad é irreligion, propagadas descarada é impunemente por un Pseudo-profeta, (\*) y aplaudidas por los que tuvieron la desgracia de escuchar sus falacias, y creerlas como verdaderas doctrinas. Lloramos la desdicha de estos estraviados, que seducidos por los escritos de

---

(\*) *Clararrosa.*

aquel impostor, y de otros semejantes á él, cayeron en el lazo sin percibirlo. Y si no ¿de donde proviene esa insolencia de reputar por vagatela la omision de oír misa en los días festivos, y la osadia de llegar á insultar á los que cumplen con este precepto de nuestra madre la Iglesia? ¿De donde esas conversaciones en los corrillos y tertulias, en que se critican, y se ponen en duda los dogmas fundamentales de la inmortalidad de nuestra alma, del castigo eterno del pecado, de la recompensa sin fin de la virtud, de la espiacion de las penas temporales en el Purgatorio? ¿De donde el desprecio de la confesion y comunión anual, y del ayuno mandados por la misma Iglesia? ¿De donde hasta la inaudita maldad de algunos en retraer, y aun prohibir á sus domésticos la observancia y cumplimiento de estos y otros deberes que impone nuestra Santa Religion? ¿De donde la escandalosa é injusta retencion de diezmos y primicias, y las trampas, engaños y mentiras para disculparla?

No penseis, amados hijos nuestros, que nos mueve á esta declamacion el interes mezquino de unos bienes, que por carácter y principios miramos con la mayor indiferencia. Nos contrista si, el peligro de condenacion eterna en que viven los que niegan á Dios esa pequeña parte de frutos que les pide en reconocimiento de su dominio supremo, pudiendo si quisiera, exigirlos todos, por que todos son suyos. Nos afligen los incalculables perjuicios que ocasiona ese sacrílego robo, al culto divino, á los ministros del Altar, á los pobres de Jesu-Cristo.

y á la Sociedad misma. Nos llena de la mayor amargura esa insensibilidad y sordera á las voces de Dios que clama en sus escrituras. *Honra al Señor con tu hacienda y dale las primicias de todos tus frutos, y se llenarán tus trojes y rebosarán tus lagares::: No aparezcas delante del Señor con las manos vacías::: De buen corazon dá gloria á Dios, y no cercenes las primicias de tus manos: en toda ofrenda muestra tu cara alegre, y santifica tus diezmos con regocijo. Dá al Altísimo segun él te ha dado, y con buen ojo ofrecele de lo que hallaren tus manos; por que el Señor es remunerador y te volverá siete tantos mas. De no escuchar, ó por mejor decir, del poco aprecio que se hace de estos clamores del que todo lo gobierna en número, peso y medida, acaso y sin acaso, soplan esos vientos abrasadores que desecan hasta las raices de las plantas; se cierran las cataratas del Cielo, y haciéndose éste de bronce, nos niega las lluvias tempranas y tardías, y perecen por falta de pastos los ganados y las bestias.*

Pues, hijos nuestros, ya es tiempo de volver en sí, hora es ya que los que duermen despierten del letargo profundo en que han caido por tantos y tan variados narcóticos, como la incredulidad ha esparcido con el fin de calmar los remordimientos de la conciencia, é impedir que esta perciba las aldabadas conque el Señor llama muchas veces, y de varios modos, á las puertas del corazon. Nuestra voz, amados Diocesanos, hace todos los esfuerzos posibles para manifestaros los sinceros sentimien-

tos, de que se halla poseida nuestra alma por vuestra salvacion: nuestro corazon se dilata y se desahoga para haceros ver, que os deseamos libres del yugo de la impiedad, y armados con el escudo inespugnable de la fé. Para conservar este don precioso, es indispensable arrojar de vosotros, y entregar á las llamas ese fárrago de escritos, que hemos prohibido por ser armas de la cábala irreligiosa, para arrebatáros aquel principio de la vida. Estan separados de la comunion de los fieles, entregados á Satanás los que, contumaces y rebeldes á nuestros preceptos, continuan alimentandose de esas viandas vedadas. Fuera pues ese veneno, que lentamente corroe el fundamento de la salud, y que acabará con el origen de nuestra santificacion. *Sed prudentes como serpientes*, dijo Jesu-Cristo á los Apóstoles, en cuya espresion se nos quiere decir, segun S. Juan Crisostomo, que asi como la serpiente espone su cuerpo para ser hollado y maltratado, con tal que pueda conservar la cabeza, asi nosotros no debemos reparar en que se pierda todo, como son los intereses temporales, el cuerpo, la misma vida, á trueque de mantener ilesa la fé, que es la cabeza y raiz, la cual conservada, es fácil recobrar lo demas con mayor gloria.

*Un Señor, una fé, un Baptismo, un Dios y Padre de todos, un fundamento que es Cristo Jesus*; ved aquí los cimientos de nuestra religion santa. Aunque nos, ó un Angel del Cielo os anuncie otra cosa, no lo creais, sea anatema. Sin esta fé es imposible agradar á Dios: pero

la fé sin obras es una fé muerta, es una fé parecida á la de los demonios, quienes, como dice el Apóstol Santiago, *creen y tiemblan*. La verdadera fé, segun se explica San Gregorio el grande, es la que no contradice con las costumbres, á lo que confiesa con las palabras. De aquí es lo que dice San Pablo de ciertos falsos fieles, que confiesan que conocen á Dios, y lo niegan con los hechos. Semejantes Cristianos que no viven segun su creencia, hacen injuria á Jesu-Cristo, y de ellos puede decirse que blasfeman su santo Nombre, por que discrepando su conducta de lo que manda su ley santa é immaculada, toman de ahí motivo los enemigos del Cristianismo para burlarse y mofarse de los que lo profesan. La observancia de los mandamientos, que la ley natural nos impone que el mismo Dios dictó á Moyses, y escribió en tablas de piedra, y que el hijo de Dios esplicó en su Evangelio, y la de los demas preceptos consignados en este libro divino, y en las santas Escrituras, puede solamente ponernos á cubierto de tales blasfemias y reconvencciones de nuestros contrarios: ella sola puede establecer el órden en nuestras acciones, y hacer que seamos felices quanto cabe en esta vida. El espíritu de Dios establece el órden, en donde quiera que habita; y nada demuestra, que no es Dios quien nos conduce, como el desórden y la confusion. La confusion y el desórden en nuestras acciones, hace que nuestra vida se caracterice con la de los infelices eternos moradores de aquel miserrimo lugar, en donde habita el horror sempiterno. El órden

forma como en el Cielo, la felicidad en la tierra, y la hace ser morada de paz y de justicia.

Desordenada toda nuestra masa por el pecado, que es el mismo desorden, fué preciso todo el esfuerzo de un Dios crucificado, para ponerla en orden; la refundió con su gracia, y la restableció, armándola contra el enemigo de la paz y de la caridad dentro del firmísimo muro de la Religion santa y celestial, que nos trajo del seno mismo de su eterno Padre. Bastaria la puntual y exacta observancia de lo que esta religion nos intima, para que el mundo entero estuviese en orden; pero nuestra enfermiza libertad, que de suyo propende al desorden y al pecado, se resiente de la santidad de la ley. La fantasía, el amor propio, el orgullo y el capricho quieren gobernarlo todo, y substraerse de practicar lo que se opone á sus depravados intentos. Por eso Jesu-Cristo nos intima, que es menester nada menos que negarnos á nosotros mismos, si queremos caminar en pos de él, y seguirle. Caminemos pues, amados hijos nuestros, por esta senda recta que abrió aquel, que como gigante se alegró para correr el camino de nuestra redencion. Fijemos bien nuestra vista en aquellos dos preceptos, en que el legislador divino compendió toda la ley y los Profetas; *Amarás á tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu entendimiento, y al prógimo como á tí mismo.*

Amando á Dios sobre todas las cosas, ocupará el primer lugar en nuestro corazon, como es justo, y este, que hecho solamente para Dios, vive inquieto hasta des-

cansar en él, preferirá el morir antes que cometer una ofensa contra su Magestad divina, y observará fiel y constantemente sus mandatos, justificados en sí mismos, y mas dulces que la miel y el panal. Ni el temor de la muerte, ni el amor de la vida, ni los Angeles, ni los Principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni otra criatura alguna podrá separarle del amor de Dios, que es Jesu-Cristo Señor nuestro. Amando al prógimo como á nosotros mismos, miraremos sus intereses como propios; nada desearemos para él que no deseemos para nosotros, procuraremos precaverlo de todos los daños que no queremos recaigan sobre nosotros, y finalmente le haremos todos los bienes y favores que deseamos se hagan á nosotros mismos, y así cumpliremos á la letra aquel precepto que el maestro divino nos dejó como en testamento en los últimos dias de su vida, á saber, *este es mi precepto que os ameis mutuamente, como yo os he amado*. Si esta filosofía divina hubiera sido, y fuera adoptada y seguida por los mortales; ¿no empezarian á gustar ya acá en la tierra el torrente de delicias, con que hemos de ser inebriados algun dia en la casa de Dios? Si estas ideas tan consoladoras y análogas á una criatura racional, se presentasen con toda su fuerza á la imaginacion del hombre; ¿se dejaría este arrastrar á cada instante del ímpetu de la ira y furor contra sus semejantes? Desengañémonos, no son Cristianos sino en el nombre, los que olvidados de unas verdades tan inculcadas por el que es la misma sabiduría, han hecho y hacen todos los es-

fuerzas posibles para obscurecerlas , fomentando odios, venganzas y discordias entre sus hermanos.

Por desgracia ha sido este uno de los efectos mas palpables y terribles de la guerra intestina, en que la desobediencia y rebelion á las legítimas potestades, nos han hecho tomar parte á todos en defensa del Altar y el trono: pero si no queremos continuar esperimentando las consecuencias de la desunion ; si deseamos que este Reyno dividido en opiniones, no sea desolado, debemos sin perder tiempo reunirnos ya todos , con la mas sincera y cordial fraternidad, al rededor de nuestro amable Soberano, como hijos suyos, é individuos de la gran familia española: debemos olvidar para siempre todas y cualesquiera injurias, por enormes que sean. El mismo magnánimo Príncipe, el mas ofendido de todos, y que ha bebido hasta las heces el caliz amargo de insultos, vilipendios y persecuciones, nos ha dado, y está dando públicos testimonios de la grandeza de su corazon, perdonando á todos, y exortando con su ejemplo á que todos hagamos lo mismo. ¿Quién pues se resistirá á imitar una conducta tan propia de un Rey Católico, que cifra su felicidad en aparecer tal á la vista de todos sus súbditos, hermanando á un tiempo la paz y la justicia?

No hay medio entre estos dos extremos; ó conformarse con lo que el Rey ordena y ejecuta, ó renunciar al discipulado del Rey de los Reyes, del divino Catedrático, en quien estan depositados todos los tesoros de la ciencia de Dios. Este Señor que predicó y enseñó todas

é injustos: y ño podia ménos de ser asi; por que ¿que accion grande hubiera hecho el Señor en esa ocasion pidiendo por sus mismos amigos? ¿Por ventura no practicaban esto mismo los publicanos? Pero hizo lo que es sobre las ideas bajas y mezquinas de los hombres. Hizo lo que ya como en bosquejo habian hecho en la ley antigua, el hijo de Jacob con sus hermanos, y David con Saul y Absalon; y esto es lo que quiso que todos hiciésemos, sopena de no tener parte ni entrada en su escuela, y ménos en su reino. Asi es que si no perdonamos, y hacemos bien á nuestros enemigos, tampoco á nosotros se nos perdonará. Y si nos preguntais, como á Jesu-Cristo preguntó S. Pedro, *¿cuantas veces he de perdonar á mi hermano que me ofende? ¿ha de ser por ventura siete veces?* Os diremos con el mismo Señor; *no solamente siete veces, si no setenta veces siete*; que quiere decir, siempre.

Para animaros al esacto cumplimiento de este precepto nuevo del Salvador, no olvideis el terrible castigo de aquel criado cruel, que deudor de diez mil talentos á su amo, no solamente logró treguas para pagarselos, como se las pidió, si no que lo dejó enteramente libre perdonándole toda la deuda; mas este ingrato que acababa de recibir un tan grande beneficio de su Señor, se negó á perdonar á un consiervo suyo, cien denarios; esto es, una muy pequeña cantidad con respecto á la que á él le habia perdonado su amo, y no paró hasta ponerlo preso en una cárcel. ¿Que debia suceder en este lance, sino lo que efectivamente sucedió? Que enojado el Señor por una conduc-

ta tan inhumana, lo hizo entregar á los atormentadores hasta que pagase toda la deuda. Estemos pues seguros, que del mismo modo ha de obrar con nosotros el Padre celestial, sino perdonamos de todo corazon á nuestros hermanos, por que se nos ha de medir con la misma medida que nosotros midieremos. *¿Si acechares, Señor, á los pecados, Señor, quien subsistirá?* decia el profeta David, o como se esplica otra version; *si examináis al rigor de vuestra ley el número sin número y la malicia de mis culpas, ¿quien, Señor, podrá comparecer ni subsistir en vuestra presencia?* Ahora bien, si el Señor se porta con nosotros, como nosotros intentamos hacerlo con nuestros hermanos, ¿quien se salvará? No es cierto que aun el justo cae siete veces al dia? ¿No es cierto que todos ofendemos á Dios en muchas cosas? ¿No es cierto que mentimos, si decimos que no tenemos pecado? Desgraciados pues de nosotros, si no perdonamos. El Señor nos perdona todos los dias muchas y gravísimas ofensas, ofensas que por su número, por su gravedad y por la persona infinita contra quien se cometen, no tienen comparacion con aquellas con que nos injurian nuestros hermanos, ¿y nos hemos de desdeñar de perdonar á estos? No tiene que esperar perdon el que no perdona, permanece en la muerte el que no ama, y el que no ama, no con la lengua, sino con todo su corazon. Podemos salvarnos sin el ayuno; podemos salvarnos sin el martirio; podemos salvarnos sin distribuir todos nuestros bienes á los pobres; pero no podemos salvarnos sin amar y

perdonar á nuestros enēnigos. *Amāos mūtualmente*, decia sin cesar el discipulo amado, *y si se hace esto, basta, por que es precepto del Señor.*

Compadezcamosnos pues de nuestros hermanos que han tenido la desgracia de estraviarse del camino recto, y seguir el derrumbadero de pasiones esaltadas revelándose contra el órden, y fomentando la anarquía y confusion. Demos gracias á Dios, que nos ha librado de un lazo en el que podiamos haber caido, como cayeron otros muchos. Demos á estos pruebas efectivas de que deseamos salgan del atolladero en que se precipitaron. Seamos unos piadosos Samaritanos, infundiendo el vino y oleo sobre sus llagas para que sanen de ellas. Hagamos lo que dice el Apóstol: *Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer, si tuviere sed, dale de beber, por que si esto hicieres, amontonarás sobre su cabeza carbones encendidos*: queriendo decir, que nuestros beneficios harán que se encienda de nuevo el fuego de la caridad que se habia apagado en él, y cuando sea insensible, atraherá sobre sí un castigo mas riguroso. *No te dejes vencer de lo malo, mas vence el mal con el bien*; esto es, segun Santo Tomas, que la injuria que nos han hecho nuestros enēnigos, no nos impida quererlos y hacerles todo bien: no nos dejemos arrebatat de un deseo de venganza, volviendo mal por mal, antes bien procuremos ganarle, y vencer la perversidad de su corazon á fuerza de beneficios.

Mas al exortaros, amados hijos nuestros, al perdón de los enēnigos, y olvido de las injurias, no penseis que

queremos de modo alguno capitular ni por un momento con la maldad; sería esta la mayor injuria que pudiera hacernos. La impiedad, la irreligion, el trastorno del orden, y esas sociedades secretas que promueven tamaños desordenes, deben ser atacadas donde quiera que se encuentren, jamás debe transijirse con ellas: es necesario acometerlas hasta en sus mismas trincheras, sin permitir que vuelvan á infestar este suelo de la religion y de la lealtad, haciéndolo de nuevo teatro de revolucion y de escandalos. Todos segun nuestro estado debemos impedir que prevalezca la iniquidad: mansos, humildes, pacientes, compasivos con los que conocen sus extravios, debemos ser tambien leones para acometer á los que intenten sembrar la discordia, y turbar la paz. Jesucristo es cordero manso, y es tambien leon: abeja que tiene la dulzura de la miel, y la punzada del aguijon. Tales debemos ser los discípulos del que, si es misericordiosísimo para perdonar, es tambien terrible para castigar á los que endurecidos permanecen en su obstinacion.

Al sublime precepto de mutuo amor y fraternidad, debemos añadir otro no ménos importante y esencial para sostener la tranquilidad y el orden, y que no está ménos espreso en las divinas escrituras: tal es, el de la obediencia y sumision que se debe al Rey y á las legítimas potestades; no solamente por temor de las penas establecidas en las leyes, contra los que le quebrantan, sino tambien por conciencia, y por no incurrir en la indignacion de Dios, que así nos lo manda. No nos detenemos en amon-

tonar pruebas, y en aglomerar textos de los libros santos del antiguo y nuevo testamento, para demostraros que los Príncipes tienen su autoridad de Dios, que es el que manda por medio de ellos, debiendo estar penetrado de esta verdad, todo el que profese la religion cristiana: Pero si os diremos que el mismo legislador de los legisladores, aquel que lleva escrito en *su vestidura y muslo Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, fué el primero, no tan solo en enseñar que al César debe darse lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, sino tambien en obedecer á las potestades legitimamente constituidas, pagandoles el tributo, y sujetándose como se sujetó á ser juzgado por ellas. Que sus Apóstoles, sus discípulos y cuantos profesaron la Religion cristiana, tuvieron siempre el mayor cuidado en aparecer los mas sumisos á los que gobernaban los imperios, y por tales fueron reputados aun de sus mismos enemigos. Pero ¿á que potestades obedecian? A gentiles, idólatras y tiranos, que cada dia y á cada momento los llenaban de oprobios, los entregaban á los leones, y los hacian sufrir los mas exquisitos tormentos. A pesar de esto les obedecian con la mayor prontitud y fidelidad; pedian á Dios incesantemente por ellos, y por los felices sucesos de sus imperios, defendian sus derechos con la espada alistándose en las vandéras de sus ejércitos; y solamente cuando les mandaban alguna cosa contra la ley natural ó divina y Religion santa que profesaban, entonces decian que era menester obedecer á Dios antes que á los hombres, rubricando con su sangre esta pública confesion de su fé.

¡Que confusion para nuestros dias la fidelidad acendrada, que en aquellos felices tiempos, manifestaban los discípulos del crucificado á sus mas crueles perseguidores! Pero aun cuando no fuera un principio inconcuso de la Religion cristiana, esta debida obediencia á la autoridad, los efectos mismos y resultados funestos que en todas las edades, y en todos los estados se han seguido de su inobservancia, eran bastante para obligarnos á seguirla. Por que ¿quien causó la matanza de treinta Emperadores romanos en ménos de un siglo, sino la inobediencia y rebelion? ¿Quien motivó veinte y dos revoluciones generales en la China, sin contar las particulares, sino la desobediencia? ¿Quien, sin ir tan léjos, inundó de sangre nuestros reinos vecinos, sino la rebelion? ¿Quien encendió la tea de la discordia en aquellas hermosas y feracisimas posesiones de nuestras Américas, en otro tiempo ricas y opulentas bajo el suave gobierno de nuestros Monarcas, no siendo hoy mas que el juguete de pasiones y partidos encontrados, que las estan asolando y destruyendo, ocasionando su ruina la de este desgraciado puerto? ¿Y quien ha atraido sobre nuestro mismo suelo tantas desgracias, que son aun y serán por mucho tiempo objeto de nuestras lágrimas? Forzoso es repetirlo, todo es obra de la rebelion contra las legítimas potestades. Imposible es pues que subsista sociedad alguna sin obediencia y sumision á la autoridad: así lo dispuso el autor de los hombres, criados no para andar errantes en los bosques y selvas, sino para vivir reunidos en ella.

Y no hay que disculparse con ese decantado pretesto

de que abusan de su autoridad los que mandan. A ningún particular es lícito contravenir á las leyes, ni ménos debe esperarse su sancion de estos. En la Religion santa que profesamos, es una transgresion conocida de la ley inmaculada del Señor, el hacerse los hombres jueces y árbitros de las providencias que dictan los que gobiernan en lugar de Dios. Este mismo Señor infinitamente sábio y justo no complace á todos en las que emanan de su determinacion divina. Fecunda con sus lluvias los campos, cuya aridez aguarda el rocío oportuno, y al mismo tiempo humedece y moja las mieses que el labrador tiene espuestas á la inclemencia, agradando á unos y disgustando á otros. Es por lo mismo una quimera el pensar que los Reyes y Principes de la tierra, que al fin son hombres, y no son infalibles, puedan cumplir los deseos de todos aquellos que rigen y gobiernan. Las leyes tienen por fin y objeto el bien público y general, aunque su influjo perjudique á algun particular. Fuera pues cavilaciones, interpretaciones, murmuraciones hijas del orgullo, de la soberbia y altanería. Obedezcamos todos á las legítimas potestades, pues que así se nos manda; bien entendido, que no nosotros sino ellos han de dar cuenta de sus determinaciones al Juez supremo y legislador del Universo. No debemos temer que en una nacion católica, gobernada por un Rey que tantas pruebas tiene dadas de su amor y respeto á la Religion santa de nuestros Padres, y de celo por el bien de sus vasallos, se abuse de la autoridad en perjuicio de sus divinos preceptos;

único caso en que sería lícito omitir la ejecución de lo mandado, y representar con sumisión respetuosa, si algún astuto intentase sorprender la alta justificación del Monarca, y arrancar por fuerza decretos ó providencias que abomina su religioso corazón, como desgraciadamente sucedió en tiempo en que S. M. no era libre ni aun para el ejercicio de las acciones mas indiferentes, y que ocasionó los destierros y persecuciones de tantos pastores de primero y de segundo orden, **que** pueden alistarse con razón entre los gloriosos confesores de Jesucristo. Acabáronse por la bondad de nuestro Dios esos días de calamidad, de miseria y desolación, por cuyo beneficio no debieran apartarse de nuestros labios las expresiones de gratitud, reconocimiento y acción de gracias, al que ha sido y es el autor de tamañas finezas.

Otras muchas cosas teníamos que decirnos, amados hijos nuestros; pero nos vemos precisados á omitirlas, ya por que no lo permite el estado de nuestra salud, y ya por que tememos exceder los límites de una carta. Mas no podemos ni debemos pasar en silencio, que si no os hacen fuerza las reflexiones que nos ha sugerido el acendrado amor que os profesamos, y el celo que nos anima por que seais felices acá en la tierra, y despues en el cielo; si nuestra debil voz no es capaz de herir vuestros corazones, oigais por lo menos los silvidos que el Pastor universal, Vicario de Jesucristo en la tierra, ha dirigido desde el Vaticano á todas sus ovejas esparcidas en todo el Universo, y de cuyo nú-

mero sois vosotros por especial favor del cielo. La voz del regocijo y de la alegría se ha oído en estos días en los tabernáculos de los justos. El sucesor de aquel, que como dice S. Leon, es piedra y fundamento de la Iglesia, y tiene por participacion las prerogativas, que por potestad son propias del que es la piedra inviolable y piedra angular: aquel que tiene poder para atar y desatar en la tierra de tal manera, que lo que ate y desate, se tenga por atado y desatado en el cielo; aquel que tiene á su disposicion los méritos de Jesucristo, de su Santísima Madre y de todos los Santos, para dispensarlos fiel y prudentemente: en fin nuestro Smo. Padre Leon XII que felizmente gobierna la Iglesia, intérprete de la voluntad de aquel, que no vino á llamar justos sino pecadores, que comía y conversaba con ellos, que quiere misericordia y no sacrificio, se ha dignado abrir de par en par las puertas de las gracias y favores, cuya distribucion le está confiada por ordenacion divina, convidando por este medio á todos los fieles á que beban y sacien su sed en las aguas abundantes de las fuentes del Salvador. En una palabra, se ha dignado por su Bula que empieza *Exultabat spiritus noster*: dada en Roma á veinte y cinco de Diciembre próximo pasado, estender el Jubileo que se celebró el año último en la misma Roma, á todo el Orbe católico segun lo hemos publicado, y ha de durar por espacio de seis meses, concediendo por él á todos los fieles las mismas gracias que consiguieron los que fueron personalmente á aquella capital del mundo cristiano.

Ved pues, amados hijos nuestros, á todo este postrado á los pies de los sacrosantos Altares y Ministros del Señor, implorando sus misericordias, y confesando sus culpas, para obtener la remision de todas ellas. Ved los Reyes, los Príncipes, los Cardenales, los Arzobispos y Obispos, á todo el clero, á los pacíficos habitantes de los claustros, á las Vírgenes consagradas al Señor, que siguen al Cordero donde quiera que vaya: ved á todo el pueblo fiel dando señales las mas pateticas de arrepentimiento y de compuncion, visitando los sagrados templos deramando su corazon en la divina presencia, pidiendo á la Magestad de nuestro Dios por la exaltacion de nuestra Sta. Madre la Iglesia, extirpacion de todas las heregias, paz y concordia entre los Reyes y Principes cristianos, salud y tranquilidad de los Pueblos, entregandose todos á la oracion, y penitencia. ¿Sereis insensibles á la voz del gefe de la Iglesia, á las exortaciones de vuestro pastor, al espectaculo tierno que ofrecen los cristianos todos reunidos para ser purificados y lavados de sus manchas? No desprecieis, os rogamos, este tiempo tan aceptable á los ojos del Señor, estos dias de salud: ni hay por que os detenga la multitud y enormidad de vuestros pecados, mucho menos ahora en que todos los confesores están autorizados con toda la amplitud de facultades de que pueden necesitar para sacaros de vuestra miserable situacion: á todo ha provisto el Pastor universal de la Iglesia: sabe muy bien en cuanta clase de delitos y excesos han podido sumergirse los hombres en

esa general inundación de errores y de perversas doctrinas, que han vomitado las revoluciones: conoce que hay una muchedumbre de enfermos que desean salir de su enfermedad, como el de la Probatica Piscina, de que habla S. Juan, y quiere que no dejen de entrar en la de la penitencia por falta de hombre que les ayude, como sucedió á aquel que enfermo de treinta y ocho años, careció por tanto tiempo de este socorro. Animaos pues con los frutos copiosos de la redencion de Jesucristo, que en tanta abundancia os ofrece su Lugar teniente en la tierra; y es nada menos que una remision plenaria de todas las penas que aun nos restan que pagar despues de perdonadas nuestras culpas. A este fin no se os obliga, como antiguamente á alistaros en las cruzadas para la conquista de la tierra Santa; tampoco á largas peregrinaciones de Roma, Jerusalem y Santiago; ni á seguir los largos estadios de las penosas y públicas penitencias, que en otro tiempo corrian los cristianos para conseguirla. Solamente se os pide un verdadero arrepentimiento, confesion contrita de los pecados, y la visita de cuatro Iglesias por quince dias, sin que tengais la molestia de salir de vuestros pueblos. ¿Y os negareis á lograr tamaños bienes á tan poca costa? ¿Sereis tan indolentes, que no trateis de someteros desde luego á unas diligencias tan faciles á todos, como Naaman Syro se resistia á lavarse siete veces en el Jordan, segun se lo habia ordenado el Profeta Eliseo, para sanar de la lepra que padecia, y era imágen del pecado? No lo recelamos

de vosotros: cosas mejores nos prometemos de vuestra cristiana docilidad.

Para asegurar pues el logro de unas gracias tan singulares, no podemos ménos que exortaros con el Pontífice Romano á que, ademas de practicar lo que este ordena, y tenemos declarado en nuestro edicto de publicacion del Jubileo, os convirtais á Dios en todo vuestro corazon, en ayunos, en llantos y en compuncion. Que los prevaricadores vuelvan en si, y registren los senos mas recónditos de su conciencia para encontrar lo que en ella haya digno de reprehension: que el impio abandone sus extravios, y el hombre malo sus pensamientos pésimos. Que hagais en fin frutos dignos de penitencia: exortacion con que el Sto. Precursor Baptista preparó á la multitud que le seguia, para recibir la gracia del Salvador que venia al mundo: No dudando que de este modo asegurareis la prenda tan estimable que se os concede en la estension de este Santo Jubileo. Pero debeis tener entendido, que la verdadera contricion y el verdadero arrepentimiento, que son parte principalísima de semejantes frutos, no consisten precisamente en una confesion tibia, en una confesion poco fervorosa, en una confesion que no lleve embebido en sí un propósito de no volver á ofender mas á Dios, y de apartarse de todas las ocasiones de pecar. El amigo del esposo, decia S. Gregorio, exigia frutos dignos de penitencia; por que una cosa es hacer frutos de penitencia, y otra cosa es hacer los que sean dignos de la misma penitencia: Y para hablar con propiedad, prosigue el Santo, se ha de saber, que á aquel

que no ha cometido cosas ilícitas, se le permite que use de las lícitas; mas el que ha caído en muchos y graves pecados, debe tanto mas abstenerse de las cosas permitidas, cuanto tiene presente que cometió muchas de las prohibidas; de suerte que adquiriera tantas mas ganancias de buenas obras por la penitencia, cuantos mas graves daños se ocasionó por la culpa. Esto pide la justicia, esto aconseja el Apostol San Pablo, diciendonos espresamente, que los miembros que han servido antes de la conversion á la inmundicia y á la iniquidad, deben despues de ella ser instrumentos de la justicia y de la santificacion. Así lo hacia tambien el mismo Apostol, castigando su cuerpo y reduciendolo á la servidumbre, por el temor de que predicando á otros no se hiciese él mismo réprobo. Tales son los frutos verdaderos de la penitencia; á que debe añadirse otro efecto que no le es ménos esencial, y es el huir la ocasion del pecado, por que escrito está, que el que ama el peligro perecerá en él, y mal puede decirse que aborrece el pecado, el que no huye de la ocasion que por esperiencia sabe le induce á la culpa. Para no caer en esta, es indispensable tomar con gusto, por mas que parezca amarga, la receta con que Jesu-Cristo curó y cura nuestras enfermedades, á saber, que el lascivo abraza la continencia, el avaro la largueza, el iracundo la mansedumbre, y el sobervio la humildad. El ayuno, la limosna, la mortificacion de los sentidos, la meditacion de los años eternos, la lectura de libros devotos, la frecuencia de los Santos Sacramentos, son específicos probados para

conseguir tan preciosos dones, y siendo á un tiempo armas de la milicia cristiana, os pondran á cubierto de las asechanzas del enemigo comun; que andando al rededor de nosotros, buscando á quien devorar, como dice el Apóstol S. Pedro, redoblará ahora mas que nunca sus esfuerzos para impedir, que el mundo cristiano se aproveche de las especiales gracias y favores que en el dia se le dispensan. Pero como, segun el oraculo de Jesu-Cristo, donde estandos ó tres congregados en su nombre, allí está en medio de ellos; reunida ahora la inmensa muchedumbre de los fieles ante los santos Altares del Señor para implorar sus misericordias en espíritu de humildad y ánimo contrito, nos debemos prometer y confiamos en Dios, que mereciendo ser á sus ojos una hostia aceptable, estará y permanecerá en lo interior de nuestros corazones, nos perdonará tantas infidelidades que han atraido sus iras sobre nosotros en estos calamitosos tiempos; nos ayudará á entablar la reforma de nuestras pervertidas costumbres, y hará que no se repitan esas tragicas convulsiones, fruto bien amargo del trastorno de ideas, que con el sobre escrito de reformas han causado nuestra perdicion.

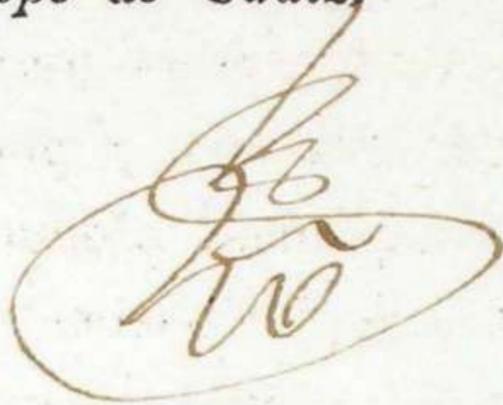
No pudiendo omitir en este punto, amados hijos nuestros, que habiendose estendido la fama, con razon ó sin ella, de que esta Viña que el Señor confió á nuestro cuidado y cultivo, ha sido el semillero de los abrojos, espinas y malas yerbas que se han propagado por todo el Reyno, y aun por los estraños, y que de ella se ha esparcido la cizaña en todo el campo del Señor, se hace

preciso por lo mismo, que desmintamos esta voz con nuestra conducta, y que con el exacto cumplimiento de los deberes que nos impone nuestra Religion Santa, y con la puntual obediencia á las potestades eclesiásticas y civiles, hagamos ver, que son muy exageradas esas voces estendidas por todas partes: y por último, que las ideas de perversion é impiedad producidas en estos últimos tiempos, no han sido ni pueden ser fruto del bien cimentado catolicismo, que siempre, en todas las edades, y aun en medio de las burlas y sarcasmos con que trataron de ridiculizarlo esos miserables escritores, que á manera de plantas exóticas se injirieron entre vosotros, han profesado y profesan los habitantes de esta Capital y de toda la Diocesis.

El labrador divino, que es el que da el incremento, quiera visitar desde lo alto esta viña que plantó su misma diestra, y conservarla límpia de malezas para que unidos todos como sarmientos, al que es la verdadera vid, demos frutos sazonados y abundantes de buenas obras, y merezcamos recibir el premio de ellas en la gloria. A este fin le suplicamos con todo nuestro corazon derrame sobre todos nosotros sus bendiciones celestiales, y confirme la que amantísimamente os damos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y mandamos que esta nuestra carta sea leida tres veces en todas las Parroquias de nuestra Diocesis, durante los seis meses del Santo Jubileo en los dias y horas que los Párrocos juzguen mas oportunas para la inteligencia de sus feligreses. Dada en

nuestro Palacio Episcopal de la Ciudad de Cádiz à veinte y tres dias del mes de Abril del año de mil ochocientos veinte y seis.

*Fr. Domingo Obispo de Cádiz,*

A large, ornate handwritten signature in brown ink, enclosed in a circular flourish. The signature appears to be 'Domingo'.

Por mandado de S. I. el Obispo mi Señor.

*Dr. D. Manuel Vicente Garcia Valdeavellano.*  
Secretario.

A handwritten signature in brown ink, consisting of several loops and a final flourish, located below the name of the secretary.

25  
nuestro Palacio Episcopal de la Ciudad de Cádiz a veinte  
y tres dias del mes de Abril del año de mil ochocientos  
veinte y seis.

Fr. Domingo Obispo de Cádiz.

Por mandado de S. I. el Obispo mi Señor.

Dr. D. Manuel Vicente Garcia Valdesellano.  
Secretario.